

# Hola, Soledad, un monólogo

Sonia Manzano Vela

*En el centro del escenario, una silla mecedora: hacia un costado, una mesita sobre la cual están un espejo ovalado de mano, con mango; un teléfono convencional, una copa y una botella de vino. Una mujer anciana, de figura altiva y barbilla alzada, avanza, con paso lento, pero firme, hacia la mecedora, se sienta en esta y empieza a balancearse por unos dos minutos, al cabo de los cuales toma de la mesita el espejo, se observa detenidamente, hace algunos gestos, se acicala el cabello y comienza a hablarle al espejo, el cual será manipulado de diversas formas, según sea la situación representada.*

Espejito, espejito, nunca me hubiera imaginado que, a estas alturas de mi vida, tú te ibas a convertir en el objeto más imprescindible para que yo, Irene Molina Carbo, pueda conversar con mi propia imagen y semejanza... y nada menos que cuando a mí me dé la regalada gana... Ahora me han entrado unas ganas locas de conversar conmigo... Sí, oíste bien, he dicho con-mi-go, porque, es gracias a ti, espejito, que "yo" puedo conversar con mi otro "yo" (se señala ella y señala al espejo).

¡Ay, espejito! Si tuvieras consciencia, muchas veces te habrías preguntado por qué esta señora me usa para conversar con ella misma. Mía, ni yo misma lo sé, pero quién no habla de ratito en ratito con su propia cara. No hay nada mejor que un espejo para poder hacerlo.

*La mujer hace gestos frente al espejo, como sacar la lengua, fruncir el ceño, etc. Luego inicia una conversación con su imagen.*

Hello, Irene Molina, hello. ¿Estás ahí? ¿Eres tú la que viste y calza? Sí, no hay duda, eres tú la señora guapa que me mira, te reconozco por esos bonitos ojos que tienes debajo de esas dos cejas, por tu boquita pintada de un rojo encendido, por tu cabello color chocolate, el que una vez al mes te lo tintura una sobrina asambleísta. Lo hace desde que te empezó a salir un puñado de canas en la coronilla (se toca la coronilla)

¡Uy!, Qué canas más rebeldes, ya le toca a mi sobrina visitarme, si hasta parece que tengo el casquete blanco que usa el Papa Francisco.

*La anciana deja reposar el espejo en su regazo, se balancea por un minuto y luego vuelve a mirarse el rostro.*

¿Sigues ahí? Sí, ahí estás, no te vayas, porque tú (toca con un índice repetidamente el espejo) no puedes irte hasta que yo no haya terminado de conversar contigo o mejor sería decir, hasta que yo no haya terminado de conversar con-mi-go. Mirame a los ojos. ¡Mirame a los ojos que son tus mismos ojos! Ojos color té, color tabaco... ¡Ajá! Sé lo que estás pensando: que ya estoy algo chiflada porque me acerco peligrosamente a la novena vuelta de mi ya larga vida. Sabrás que mi edad avanzada no me preocupa mayormente, porque cuido mucho de mi salud. Yo tomo mis vitaminas, desde la A hasta la Zeta, me alimento bien, hago los ejercicios que todavía puedo hacer, como estos (mueve las piernas como si estuviera pedaleando) y, lo más importante, no me estreso con pendejadas que no valen la pena. Todavía tengo para rato, un rato en el que lucharé para que no se me seque la sesera, tal como le está pasando a mi amiga Frígida Tenén, que siendo menor que yo, comete chochera tras chochera como la de meterse el supositorio por la boca y el colirio de ojos por las fosas nasales.

Sí, es posible que con los años me vaya poniendo un poco sorda, un poco ciega, un poco chueca pero idiota o triste. ¡Eso jamás! Aspiro a que mi mente no dé ni un paso atrás, y para lograrlo, hago gimnasia mental todos los días, resuelvo crucigramas, descifro sopas de letras. ¡Y hasta chateo! Más con emoticones que con palabras, con tres amigas que todavía soplan, todavía soplan algo más que las velas. Je, je, je... eso me sonó a frase de doble sentido, Lo que sí no hago es desperdiciar mi vida en cosas como armar rompecabezas, eso sí que es perder el tiempo, y tiempo que se va, ya no regresa (*se queda unos instantes en silencio, luego reacciona y prosigue*).

Oye, tú (*toca el espejo con su índice*). Quiero confesarte algo que me tiene muy preocupada. De unos días para acá se están escapando de mi cabeza datos muy importantes de mi hoja de vida, y yo no quiero que mi hoja de vida se marchite antes de tiempo (*se muestra llena de ansiedad*) ¡No! No quiero que se borren de mi memoria los datos que me identifican, que me recuerdan quién soy, de dónde vengo y hacia dónde voy, por eso quiero confiarte esos datos a ti. ¡Sí, a ti! Datos que te pido me los tomes como lección día tras día, y si llego a cometer olvidos imperdonables, reclámame fuertemente, insúltame sin piedad, yo te lo pido, hasta que mi memoria logre recordar aquello que está olvidando.

Comencemos, pero antes voy a servirme algo de vino para que se me prendan las neuronas (*deja el espejo en la mesa, se sirve una copa de vino, toma unos sorbos de esta y vuelve a mirar su imagen*). Ahora sí, mujer divina y solitaria, para las orejas y empieza a tomar nota (*se pone el espejo bajo la barbilla, como si fuera un micrófono*). Un, dos, tres, probando, probando.

Me llamo Irene Molina Carbo, tengo 89 años, de estado civil... mmm... No sé si casada o viuda, porque del que fue mi marido, como diría Sócrates, "solo sé que nada sé". Lo que sí sé es que tuve un marido de carne y hueso, el que un día, sin previo aviso, se fue sin rumbo cierto a disfrutar de alguna movida emoción hormonal. Se fue para no volver, nada menos que al mes justo de que naciera Gerardo Efraín, el único hijo que procreé con el susodicho. Nunca me preocupé por conseguir otro marido, porque con el que tuve, ya tuve lo suficiente. Desde hace cinco décadas vivo en este mismo edificio que se está cayendo de viejo. Hasta hace quince años, mi Gerardo vivió aquí, conmigo, juntitos los dos, pero un día, ya viéndose solterón maduro (¡pero nada más!) decidió formar su hogar con una treintañera, hija de un italiano, fabricante de vinos con la que tuvo dos hijos, mis amados nietos Dante y Beatriz (*se queda unos instantes pensando*). A ver, a ver.... ¿qué más podría decirte? ¡Ah ya! Recuérdame que por dos décadas fui maestra universitaria de Literatura latinoamericana. ¡Qué bonito que suena! Profesión que no ejerzo desde que renuncié a la cátedra, exactamente a los setenta y cinco años, cuando a un presidente de la república, uno con genio de perro con dolor de muela, se le ocurrió que los maestros que pasábamos de los setenta, ya no teníamos nada que hacer en la educación superior, y por

eso hizo que nos barrieran de las universidades como si fuéramos hojas de otoño pisoteadas en la calle. ¡Qué injusticia sin nombre! Cuando aún teníamos mucho que entregar a la juventud universitaria.

Bueno, creo que por hoy día ya fue suficiente de conversación hasta aquí te he dado bien clara la película, tu deber es evitar que se me borre de esta pantalla (se da palmadas en la frente), y para que eso no suceda, ten muy en cuenta que eres la prótesis de mi memoria, la caja fuerte que contiene mis más caros recuerdos (*La mujer deposita el espejo en la mesa y comienza a balancearse a un ritmo acelerado. Al cabo de unos instantes se pone de pie y reinicia su monólogo, esta vez sin tener como intermediario al espejo*).

Desde que Gerardo se fue, me quede sola en mi soledad y sola en mi fantasía, pero eso no me deprime en lo ab-so-lu-to, pues me encanta estar sola, lo que se dice "íngrima", sin más compañía que mi sombra. Las horas que más disfruto son las de la tarde, cuando Benita, la empleada que me acompaña desde hace fú, termina su jornada y se va para su casa. Es ahí que hago las cosas que me gusta hacer sin que nadie me vea, cosas como tomar vino sin medida ni clemencia, leer por horas mis libros favoritos, sentada en la taza del escusado que para eso también sirve el escusado: llorar a gritos por penas y culpas secretas que solo puedo confesar sin público presente; escuchar en mi tocadiscos esos viejos tangos del ayer que me revientan de nostalgia; bailar tangos a media luz, mordiendo un clavel que chorrea sangre de tristeza antigua (*Ensayo unos pasos de tango, mientras tararea el tango "A media luz", y después vuelve a sentarse, como si estuviera agitada por el baile. Se mece unos instantes hasta que el timbre del teléfono suena cinco veces. Hace un mohín de fastidio y finalmente contesta la llamada*).

Aló, ¿quién habla? Ah, eres tú. Hola, Soledad, esta noche te esperaba, así como lo hago todas las noches, pues no hay una bendita noche en la que no dejes de llamarme. ¿Qué? ¿Qué me dices? Habla más alto, acuérdate que estoy un poco sorda. ¿Qué? ¿Qué, quieres que cambie el teléfono de oreja? ¡Mujer, acuérdate que me estoy quedando sorda de los dos oídos! Además, que tú, Soledad Riofrío, de un tiempo para acá estás hablando con una voz de ultratumba, casi, casi como si estuvieras ensayando para ya irte a la otra. ¿Que para cuál otra? No te hagas, que

bien que lo sabes. Habla más alto, grita, si es posible, ajá, ahora te oigo mejor. ¿Qué te cuentas de nuevo? Pero, cuéntame algo en verdad nuevo, ya estoy cansada de oírte decir lo mismo, lo mismo y lo mismo. Sí, ya sé que tienes presión arterial alta, que te desvelas todas las noches, que tus hijos, viviendo en esta misma ciudad, solo te visitan cuando necesitan que les aflojes dinero, que te van a operar los juanetes, eso me lo vienes diciendo desde el siglo pasado y todavía sigues caminando como chenchá. No, no dije chenchá, dije chenchá, ahora tú eres la sorda.

¿Me estás diciendo que ahora sí tienes algo nuevo que contarme, y que se trata de una noticia bomba? Habla ahora o calla para siempre. ¡No! ¡No! Que pescaste a tu marido parapléjico con las manos en las masas glúteas de su enfermera, sobándole las nalgas como si fueran melones de temporada. No me digas que así y todo destartalado como está, se ha atrevido a tanto ese viejo morbosito. ¿Dices que tienes una pregunta que hacerme? Pregunta ahora, o calla para siempre... ¡Qué! ¿Que si en nuestro país ya está aprobada la ley de la eutanasia? *(deja de hablar y pone una cara de susto, luego prosigue)*

¡Cuidado, Soledad! ¡Cuidado con tener pensamientos psicópatas! Sé que le tienes gran resentimiento a tu marido, pero eso no te da ningún derecho para que lo borres de golpe del mapa de la vida; además, por si no lo sabías, la eutanasia, en el supuesto de que ya fuera ley aprobada en el Ecuador. Solo podría ser aplicada a petición expresa del paciente, y tu marido, que yo sepa, ni es tu paciente, aunque paciencia te ha tenido y mucha. Ni te va a pedir que lo mates, antes es posible que se lo pida a la enfermera, pidiéndole en metáfora, solo en metáfora: "Mátame, suavemente" *(pone voz sensual y se acaricia el cuerpo lentamente, como para transmitir la idea)*.

Bueno, Soledad, ya córtala que me está entrando sueño *(bosteza ruidosamente, con fines obvios)*. Además, tengo que despertarme temprano porque viene a recogerme mi hijo Gerardo para llevarme al sitio en el que viviré desde mañana. ¿Que cuál es ese sitio? Después te cuento, no comas ansias. Llámame mañana por la noche, como siempre

lo has hecho, para ponerte al tanto por ciento de por qué me cambio de domicilio. Oye, pero llámame a mi teléfono celular. No me llames a este mismo número porque ya no me vas a encontrar. Ahora sí, despídete de una vez, córtala, stop, chao. Cambio y fuera.

*La anciana cierra el teléfono, se balancea unos instantes, vuelve a servirse otra copa de vino, coge nuevamente el espejo, pero de inmediato lo vuelve a dejar en la mesa con un gesto de fastidio.*

¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! No necesito de un espejo para hablar con mi Yo más yo, y en vivo y en directo... ¡No! No necesito de ningún intermediario para comunicarme con esta que está aquí (se golpea el pecho como Tarzán y grita) ¡Con esta Irene Molina Carbo! (se incorpora del asiento, aclara su garganta y continúa hablando).

Mañana me iré de aquí para siempre, vendrá a recogerme Gerardo Efraín para llevarme a un geriátrico, a un vivero de ancianos que yo misma escogí, y lo escogí nada menos que por Internet, porque de algo de lo cual me siento muy orgullosa, es de que soy una adulta mayor com-pu-ta-ri-za-da, y lo estoy desde mi cumpleaños número ochenta, cuando mi hijo me preguntó (pone una voz viril): “Madre, ¿qué quieres que te regale por tu cumpleaños?” y yo, sin pensarlo dos veces, le dije: “Regálame una computadora, y si quieres hacerme el favor completo, contrata a un instructor por unos cuantos días para que me enseñe cómo mismo se maneja esa vaina”... ¡Y me dio la computadora! ¡y me puso un instructor! Por eso es que puedo enviar y recibir correos, informarme de lo que pasa en el mundo, a más de buscar cosas por Internet. Fue así como pude dar con el “Virgen de Alta Gracia”, una residencia de ancianos que supe que me iba a gustar desde que vi en mi “compu” imágenes de sus instalaciones, jardines con vistas al río, pabellones de una sola planta, pintados de un rosa quinceañero; médicos y enfermeros con sonrisas de oreja a oreja.

Yo misma, poniendo mi voz más joven, llamé a la residencia para preguntar cuáles eran los requisitos para que una anciana post ochentona

podría ser aceptada en el Alta Gracia. Salté de emoción cuando me enteré de que yo cumplía con esos requisitos, tales como los de estar todavía en aceptables condiciones de salud “más física que mental”, me recalqué la persona que atendió mi llamada, como dándome a entender que al asilo no le importaba tanto tener a viejos algo deschavetados, con tal de que todavía el cuerpo de estos pudiera sostenerlos en pie. Ah, pero también me informó que la condición más sine qua non, es decir más indispensable para que cualquier adulto mayor pudiera ser aceptado en la residencia, era la de que algún familiar de este tenga billete suficiente como para pagar el costo de la pensión mensual que, de ser carita, es bastante carita, pero el que quiere tener vejez celeste, en un sitio como este, que le cueste, pero ¡caramba! ¡que le cueste a la familia del vejete! En mi caso, el que tendrá que responder por los costos del asilo, es mi hijo... pero él está forrado en billetes. ¡Eso sí, bien trabajados y ganados! Él puede pagar hasta el último día en que yo permanezca en la que será mi penúltima morada. Sí, la penúltima, y no digo la última, porque para esa, todavía falta poco o mucho, pero todavía falta (*se queda en silencio y lanza un largo suspiro*).

Pobre mi Gerardo, me costó muelas convencerlo de que respetara mi decisión. ¡Qué no le dije! ¡My God! ¡Qué no le dije! ¡Y qué no me dijo él para que yo no siga con la necedad de ir a parar a un asilo! Hasta ahora resuenan en mis oídos sus ruegos de que me vaya a vivir a su casa. ¡Pero never! ¡Jamás de los jamases hubiera podido aceptar su invitación! Se me eriza el lomo con tan solo imaginarme cómo sería vivir bajo el mismo techo de su familia con mi nuera, con mis nietos, con la suegra de mi hijo y hasta con el pitbull, ya bastante apolillado, que ellos tienen como mascota (*todo esto lo dice in crescendo*).

Los quiero, los quiero mucho a todos, pero una cosa es visitarlos una vez a la semana, o que ellos me visiten de cuando en vez y otra muy, pero muy diferente, es compartir tiempo y espacio con ellos por casi todo el santo día. No, no podría soportarlo, sería terrible sacrificar mi amada soledad de la que he disfrutado por años en este departamento, al que solo estoy abandonando, por miedo a que me dé un patatús en una de estas noches, y no haya quien llame al 911 para que vengan los paramédicos a aplicarme el RCP.

Sí, ya sé que en el ancianato no gozaré de una soledad absoluta, pero lo que sí sé es que tendré mis horas de relativa soledad ¡Algo es algo! Además, debo admitir que no me disgusta tanto la idea de compartir con gente de mi edad, siempre y cuando me provoque hacerlo y siempre y cuando esta juntadera sea en los espacios de recreo de este geriátrico nuevaolero, piscina, salas de juego, salón de baile, gimnasio, coro, clases de pintura y hasta de inglés. No sé para qué me puede servir aprender inglés a estas alturas, además, cuando me entren ganas de aislarme, me bastará con cerrar la puerta de mi habitación, para aislarme del mundo y de todos, para eso mi hijo pagó todo lo que pagó, para que tuviera una habitación propia. ¡Vaya! Me acordé de Virginia Woolf, lo que significa que nada ni nadie podrá impedirme que siga haciendo las cosas que me gusta hacer a solas, sola con mi soledad y sola con mi fantasía, sin testigos molestos de por medio, yo soy un pájaro herido que gusta lamer sus llagas en secreto.

*Se sienta otra vez en la mecedora y se balancea. Toma otro sorbo de vino y bosteza largamente.*

Ya son las diez *o'clock*, hora de meterme en la cama. Mi cama, a más de esta mecedora, esta mesita (*la toquetea*) y mi computadora, son las únicas cosas que quedan en este departamento, los otros muebles se los llevó Gerardo para su casa; me dijo que quería conservarlos por si acaso yo aceptara, más adelante, irme a vivir con él. ¡Qué iluso que es!, pobrecillo, que espere sentado hasta el cansancio. A las ocho vendrá a recogerme. Gerardo es muy puntual: dijo que antes me llamará por teléfono para despertarme, ¡ja! como si de sobra no supiera que tengo por costumbre despertarme antes de que canten los gallos (*empieza a balancearse otra vez, sin soltar la copa*).

No sé qué me pasa, tengo un sofoco igual o parecido a los que tenía en mi ya remota menopausia, y hace mucho que soy post, post, post menopáusica. He empezado a sudar como tapa de olla (*extrae del escote un pañuelo y seca el sudor de su rostro*). Ha de ser porque la noche está muy calurosa, o quizás también por el vino que he tomado. El corazón me cabalga como potro desbocado. Ya se me va a pasar, ya se me va a pasar esta molestia. No es la primera vez que esto me pasa. "Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar".

Sigue balanceándose en la mecedora cada vez más lentamente, hasta que esta se queda quieta. Se apagan las luces del escenario y luego de dos minutos vuelven a encenderse. La anciana tiene la barbilla hundida en el pecho, la copa está en el suelo y la mano que la sostenía cuelga hacia un costado de la mecedora. Suena varias veces el timbre del teléfono. A mediano volumen se escucha la canción "Hola, Soledad", cantada por Rolando Laserie.

Se cierra lentamente el telón.